

EL ESTUDIO DE LA BIBLIA EN LA ESPIRITUALIDAD DE AGUSTÍN.

*** Santiago Sierra Rubio**

0. Introducción.

"Esto nos llena de turbación; mas con esta nuestra turbación no dejemos de sudar y de trabajar, y con el sudor llegaremos a purificarnos. Esforcémonos, cuanto con el socorro de Dios podamos, en penetrar en el abismo profundo de estas palabras. Tal vez sea temeridad querer discutir y escudriñar las palabras de Dios. Pero ¿para qué se dicen sino para que se sepan? Y ¿para qué han sonado sino para que se oigan? Y ¿para qué se oyen sino para que se entiendan? Que nos dé, pues, Él fuerzas y que nos conceda algo, cuanto Él se digne, y si aun con esto llegamos a la fuente, bebamos de los riachuelos" (Comentario al evangelio de Juan 21,12).

Supongo que lo que buscáis vosotros y yo no es tanto ciencia sino vida y que al estudiar la Biblia lo que pretendéis no es tanto alimentar vuestra ansia intelectual cuanto vuestra vida de creyentes, vuestra propia fe. Por eso, aunque no renunciemos del todo al plano de la inteligencia, nos adentraremos más en el de la vivencia y caminaremos más por lo espiritual que por lo técnico. Al menos por mi parte pretendo llegar, en el estudio de Agustín, al alma de la Escritura, y al alma sólo se llega desde la vida. Es cierto que Dios brindó al hombre en la Biblia todas las verdades que necesita y precisa en cada momento para vivir en plenitud, pero no es menos cierto que algunos personajes de la historia se nos presentan como hitos que marcan los senderos y nos ayudan en nuestro caminar. Uno de estos personajes, sin duda, y más para nosotros, es Agustín.

Para Agustín la Biblia es un medio que Dios nos ha dado para nuestra perfección, por tanto, no puede ser un libro sólo para algunos y tal vez por eso, él, durante su vida de pastor trató por todos los medios de poner este libro al alcance de las manos de sus fieles. Como escritor y como director de almas, no se cansó de repetir a sus lectores la invitación de estudiar la Biblia, ya que es como un espejo de la vida espiritual y el mejor medio que Dios ha dado a su Iglesia para que nos purifiquemos de todos los vicios y crezcamos en las virtudes, en particular la caridad. Además en la Escritura adquirimos el conocimiento del misterio de Cristo. Él ha sido el primero que ha experimentado todo lo que recomienda a sus fieles en lo cotidiano de su vida. Agustín ha logrado una erudición bíblica muy superior a todos sus contemporáneos. Él no sólo ha hecho una lectura bíblica, sino que ha reflexionado y en muchos momentos con oportunas anotaciones las enseñanzas que se desprendían de la lectura reposada y reiterada. Es más, ninguno de los escritores cristianos de la antigüedad ha contribuido tanto como Agustín al progreso y profundización de la Palabra revelada. El que sea un medio para nuestra perfección quiere decir que la Biblia no es un libro de ciencia, sino de doctrina de salvación: "Brevemente he de decir que nuestros autores sagrados conocieron sobre la figura del cielo lo que se conforma a la verdad, pero el Espíritu de Dios, que hablaba por medio de ellos, no quiso enseñar a los hombres estas cosas que no reportaban utilidad alguna para la vida futura" (Del Génesis a la letra 2,9,20).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

La Escritura es para Agustín un libro religioso-inspirado, en él se nos revela la verdad de la salvación, pero la garantía de esa verdad de la revelación nos la proporciona la Iglesia, por que, como dice Agustín: "Yo, en verdad, no creería en el Evangelio si no me impulsase a ello la autoridad de la Iglesia católica" (Réplica a la carta del fundamento 5). Agustín buscó profundizar en el verdadero sentido bíblico y vio la Biblia como la palabra de Dios revelada y liberadora, por eso, para acercarse a la Biblia es necesario ser orantes e inteligentes, o mejor, sabios y santos, porque "ni siquiera las Sagradas Escrituras (que imponen la fe en grandes misterios antes de que podamos entenderlos) podrán ser útiles si no las entiendes rectamente... Tú, carísimo, ora intensa y fielmente para que el Señor te dé el entender, y así puedan ser fructuosos los avisos que desde fuera te ofrece la inteligencia de los maestros o doctores" (Epístola 120,13-14). Agustín se da cuenta que la vida eterna es no sólo creer la Palabra sino también comprenderla. Es cierto que es necesario partir de la fe para llegar a la inteligencia y comprensión: "Porque, si oír y creer su palabra es la vida eterna, con más razón será comprenderla. Mas la fe es uno de los grados de la piedad, y el fruto de la fe es la inteligencia, que nos hace llegar a la vida eterna, donde no se nos leerá el Evangelio; sino que aquel que ahora nos lo dispensa (retiradas ya para siempre todas las páginas de las lecciones y la voz del lector y del expositor) aparecerá a todos los suyos, que con corazón limpio estarán presentes en cuerpo incorruptible para nunca más morir" (Comentario al evangelio de Juan 22,2). Probablemente él está pensando en que todos debemos ser "selectos piadosos y doctos y verdaderamente espirituales" (Epístola 118,33).

Agustín en cuanto a la Biblia es un hombre de su tiempo y no se le puede enjuiciar conforme a los criterios de ahora; muchas de sus interpretaciones fueron desafortunadas, no obstante su contribución al progreso de la exégesis fue positiva, sobre todo por su contribución teórica con el *De doctrina Christiana*, la primera introducción sistemática a la Sagrada Escritura. Evidentemente no es un biblista teórico y abstracto, aunque tampoco se puede decir que es un mero espiritualista que utiliza a su antojo los textos bíblicos. Cierto que hoy podemos sonreírnos ante muchas de sus soluciones, pero en su tiempo esas soluciones estaban a la altura de las circunstancias. Los tiempos de Agustín eran muy diferentes de los nuestros, pero él, sin duda, era un genio excepcional también en la interpretación de la Escritura; su tarea consistía en hacer ver la posibilidad de salvación. Los comentarios bíblicos de Agustín no son obra de especialista ni destinados a especialistas, son reflexiones de un convertido, de un gran genio y nos ofrecen además del valor estrictamente bíblico, el valor filosófico, teológico y vital. Después de su conversión se familiarizó de tal modo con la Biblia, que toda su producción contiene un fondo bíblico de una riqueza inigualable.

Sin duda la Escritura y la tradición constituyen las bases inamovibles de su elaboración teológica y la cimentación adecuada de su práctica pastoral. Agustín, sin duda, asimiló perfectamente el texto bíblico, que se convierte en el nervio central de toda su reflexión teológica y espiritual. La influencia del texto sagrado en la teología agustiniana es impresionante. Es más, el estudio y la explicación de la Biblia parece que es uno de los puntos que más importancia ha dado desde el primer momento; basta recordar las obras en torno al Antiguo Testamento, sobre todo los comentarios a los primeros capítulos del Génesis. Para Agustín la Biblia no era sólo un arma polémica, sino la fuente de toda su enseñanza religiosa y de su formación espiritual. Es cierto que con frecuencia intenta adaptar la palabra de Dios a todas las circunstancias cotidianas y que utilizó la Biblia como fuente de espiritualidad de su doctrina, pero aunque no se comporte como los modernos exégetas, no se puede decir que Agustín malinterpreta la Escritura. Agustín más que un exégeta es un teólogo que, preocupado por las cosas divinas, acude a la Biblia, por ser esta la fuente a través de la cual llega a los hombres todo cuanto Dios ha querido comunicarles sobre su esencia y perfecciones: "En estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar. Aprenda en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como a una lámpara colocada en un tenebroso lugar hasta que nazca el día y el lucero brille en nuestros corazones" (Epístola 130,2,5).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

Agustín, de hecho, se sirve del texto sagrado para proporcionar el bálsamo que necesitaban los hombres de su tiempo y curar las enfermedades que existían: "No me miréis a mí, sino mirad a la Palabra de Dios. No os enojéis con vuestros medicamentos; no hallé otro sitio pro donde pasar" (Sermón 9,11). Agustín se da cuenta que la Palabra de Dios nunca puede quedar infecunda, como mínimo, consuela: "Son muchos los que producen consuelo y satisfacción, puesto que la palabra de Dios no queda infecunda en quienes la escuchan con fe" (Sermón 301,4). Se ha dicho de él que más que un exégeta es un eisegeta (Manrique, Interpretación y utilización de la biblia en s. Agustín, en La ciudad de Dios 182, pp. 157-174; Salas. A., San Agustín: ¿Exégeta o eisegeta?, en Pensamiento agustiniano VI, Caracas 1992; Salas y Manrique, Evangelio y Comunidad.), es decir, uno que ha buscado en los textos bíblicos un aval a sus propias convicciones religiosas, que tenía ya elaboradas de antemano. Esto, con frecuencia, dice mucho a favor de Agustín, ya que ha tenido intuiciones importantes anteriores a su contacto con la Biblia, aunque, por otra parte, se ha acercado a la Biblia con un cierto prejuicio, es decir, no ha ido abierto a recibir lo que ella le dijese, sino buscando argumentos a su favor. Agustín, por tanto, busca en la Biblia el soporte de todas las doctrinas que afirmen la identidad cristiana y puedan ayudar a los fieles a vivir en un mundo paganizado. Es cierto que Agustín no siempre ha hecho una lectura y una explicación de la Biblia de lo que verdaderamente intenta decir, sino una lectura y una explicación que podemos llamar espiritual.

Para Agustín los buenos cristianos son "Los que conocen las Escrituras divinas, los que asiduamente concurren a esta escuela, los que no odian al maestro como alumnos desesperanzados y prestan atención a los lectores en la Iglesia y abren completamente el recipiente de su corazón a lo que fluye de la Escritura divina..." (Sermón 32,2).

1. La Escritura en la experiencia de Agustín.

"Traté de consolarle con la palabra de Dios; pero él no era del número de las sabias hormigas, que recogen durante el verano para tener de qué vivir en el invierno. Cuando reina la tranquilidad, entonces debe el hombre recoger para sí la palabra y esconderla en el interior de su corazón, conforme oculta la hormiga en socavadas estancias los trabajos del verano. Durante el verano se dedica a hacer esto; llega el invierno, es decir, se presenta la tribulación, y si no encontrase interiormente comida, necesariamente perecería de hambre. Este no había atesorado la palabra de Dios; sobrevino el invierno, y no encontró aquí, de donde sólo podía recibir consuelo, lo que buscaba, puesto que tampoco podía recibir de la palabra de Dios, que no atesoró" (Comentario al salmo 36,s.2,11).

En el primer encuentro de Agustín con la Biblia, se sintió desilusionado por el estilo poco retórico que tenía el texto (cfr. Confesiones 3,5,9), no obstante, durante todo su período maniqueo, se ocupó intensamente de los problemas bíblicos, entre otras cosas porque lo necesitaba en su confrontación con los católicos. Se puede afirmar que la mentalidad agustiniana es radical y profundamente bíblica por sus contenidos, es más, sus concepciones, por ejemplo del hombre, como imagen de Dios, tienen su origen en la Biblia, es decir, la experiencia bíblica ha marcado profundísimamente incluso sus teorías.

En su propia experiencia Agustín ha aprendido que es necesario acercarse a la Escritura con humildad, mansedumbre y paciencia: "Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aun jovencuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

llamar para que se me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad" (Sermón 51,6).

Agustín, de hecho, ha encontrado la luz para volver a la patria en las cartas de Pablo: "Así, pues, cogí avidísimamente las venerables Escrituras de tu Espíritu, y con preferencia a todos, al apóstol Pablo. Y perecieron todas aquellas cuestiones en las cuales me pareció algún tiempo que se contradecía a sí mismo y que el texto de sus discursos no concordaba con el testimonio de la Ley y de los Profetas, y apareció uno a mis ojos el rostro de los castos oráculos y aprendí a alegrarme con temblor... Mas una cosa es ver desde una cima agreste la patria de la paz, y no hallar el camino que conduce a ella, y fatigarse en balde por lugares sin camino, cercados por todas partes y rodeados de las asechanzas de los fugitivos desertores con su jefe o príncipe el león y el dragón y otra poseer la senda que conduce allí, defendida por los cuidados del celestial Emperador, en donde no latrocinan los desertores de la celestial milicia, antes la evitan como un suplicio" (Confesiones 7,21,27).

Después de la gracia de la conversión en el jardín de Milán, la Escritura ha sido para Agustín el alimento, el pan cotidiano: "¡Qué voces te di, Dios mío, cuando, todavía novicio en tu verdadero amor y siendo catecúmeno, leía descansado en la quinta los salmos de David...! ¡Qué voces, sí, te daba en aquellos salmos y cómo me inflamaba en ti con ellos y me encendía en deseos de recitarlos, si me fuera posible, al mundo entero, contra la soberbia del género humano!" (Confesiones 9,4,8).

Al poco tiempo de su ordenación sacerdotal, en el 391, escribe una carta confidencial, llena de veneración y ternura, dirigida a su anciano obispo. En esta carta se pueden percibir los sentimientos íntimos que tiene en este momento y el alto concepto del ministerio clerical, pero, a la vez, los graves peligros que rodean al sacerdote. Por eso, le pide a Valerio, su obispo, unos meses de preparación, sobre todo leyendo, meditando y estudiando las Sagradas Escrituras: "Sé de cierto que debo estudiar todas las medicinas contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura. Debo adquirir para tan peligroso puesto la oportuna salud del alma mía. No la adquirí antes porque no tuve tiempo para ello. Fui ordenado justamente cuando buscaba ocasión y espacio para meditar la Sagrada Escritura; ya me estaba dando traza para buscarme el ocio con esa finalidad. Aun no conocía bastante mi deficiencia en ese aspecto, y ahora me atormenta y aterra. Mas, ya que los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para distribuir al pueblo el sacramento y la palabra de Dios, no me es posible en la actualidad adquirir lo que reconozco que me falta. ¿Quieres, pues, que yo perezca, padre Valerio? ¿En dónde está tu caridad? ¿De cierto me amas? ¿De cierto amas a la Iglesia, a cuyo ministerio me has dedicado? Seguro estoy de que nos amas a mí y a ella. Pero me juzgas preparado. Yo, sin embargo, me conozco mejor" (Epístola 21,3).

Desde el primer momento Agustín quiere realizar el concepto de sacerdote de Cristo y se da cuenta que lo fundamental es prepararse seriamente para esto. Para él el sacerdote es el hombre de Dios, que tiene la sagrada misión de dispensar a los hombres los tesoros que Dios le ha encomendado: el Evangelio, los sacramentos, la gracia, y dispensarlos con generosidad y dedicación: "Me atrevo a confesar que conozco lo que atañe a mi propia salud. Mas ¿cómo he de administrarlo a los demás sin buscar mi propia utilidad, sino la salvación de los otros? Quizá haya ciertos consejos en los Sagrados Libros (y no cabe duda de que los hay), cuyo conocimiento y comprensión ayudan al hombre de Dios a tratar con más orden los asuntos eclesiásticos, o por lo menos a vivir con sana conciencia entre las manos de los impíos, o a morir por no perder aquella vida por la que suspiran los corazones cristianos, humildes y mansos. ¿Cómo puedo conseguir eso sino pidiendo, llamando y buscando es decir, orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor preceptuó?" (Epístola 21,4).

Podría pensarse en estos textos que la Biblia fuese solo fuente de conocimiento intelectual, pero leyendo toda la carta de ve con claridad que Agustín no pretende adquirir la ciencia sagrada, lo que a él le preocupa es que no tiene una sólida formación espiritual y está buscando una intensa vida

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

interior, esto es lo que él aconseja más tarde: "Te exhorto con todas mis fuerzas a que no te duela entregarte de lleno al estudio de las Letras auténticas y ciertamente santas. Es una realidad auténtica y sólida, no fascina al alma con palabras seductoras ni repite una vana cantinela velada con los celajes de la lengua. Impresiona mucho al que está ávido de realidades y no de palabras. Mucho aterra al que vive seguro de su conducta. Te exhorto a que leas con preferencia las Epístolas apostólicas, pues por ellas te animarás a leer los profetas, de cuyo testimonio usan los apóstoles" (Epístola 132).

Cuando Agustín se propone un estudio más a fondo de la Escritura, lo que intenta conseguir se puede resumir en tres objetivos bien concretos: colmar las exigencias personales, las exigencias doctrinales y las exigencias pastorales. Las exigencias personales porque después de la conversión era necesario profundizar en la vida cristiana y clarificar muchos aspectos que sin duda la Biblia se los podía proporcionar. Las exigencias doctrinales porque en el contacto con los maniqueos había adquirido demasiados prejuicios con relación a ciertos pasajes de la Escritura, pero además se sentía con la responsabilidad de desenmascarar las doctrinas maniqueas para que otros incautos como él no se viesan arrastrados y engañados. Las exigencias pastorales le venían impuestas por su nueva posición en la Iglesia de Dios y la exigencia de responder no sólo de sí mismo, sino también de los que le habían encomendado. Si él se consideraba guía del Pueblo de Dios, se veía obligado a orientarle en todos los aspectos.

Además Agustín es un pastor y tiene que predicar a su pueblo. La lectura de la Biblia hecha en la asamblea litúrgica es prácticamente el punto de partida único de la predicación de Agustín, esto quiere decir que el contacto de Agustín con la Escritura es casi continuo, pensemos que predicaba casi todos los días, e incluso algunos días dos veces. Agustín comentaba lo leído o cantado, que en los tiempos eran lecturas fijas, mientras que en los días ordinarios las elegía el mismo celebrante y con frecuencia Agustín comentaba un libro seguido.

Agustín aspira a la paz del monasterio y, incluso en medio de la mayor actividad apostólica, seguía soñando con la posibilidad de dedicarse al estudio de la Biblia, a trabajar en algún momento señalado y dedicarse a la oración: "Pero pongo por testigo sobre mi alma a Jesucristo, en cuyo nombre os digo estas cosas sin vacilar; por lo que toca a mi comodidad, preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas, y disponer de las restantes horas libres para leer, orar, escribir algo acerca de las divinas Escrituras..." (Del trabajo de los monjes 29,37).

2. Excelencia y profundidad de la Escritura.

"Y ¡quiero hablar de la Palabra de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas! ¡Qué grandeza de Palabra! ¡Qué Palabra tan especial! Ved sus obras y temblad ante su Hacedor" (Sermón 120,2).

En cierta ocasión Agustín está comentando un texto de la Epístola a los Romanos (11,33) y exclama: "¿Crees que nosotros podemos escrutar esto que llenó de tanto terror al Apóstol? Estremeciéndose al considerar tan gran profundidad y sublimidad, exclamó: ¡Oh abismo de riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios!... Tú buscas una razón y yo me estremezco ante la sublimidad... Tú buscas razones; yo me quedaré en la admiración. Disputa tú; a mí me basta creer. Veo la profundidad, pero no puedo llegar hasta el fondo... Por lo tanto, que nadie me exija a mí los motivos de cosas tan ocultas. Dice él: Insondables son sus juicios, ¿y vienes tú a examinarlos? Dice él: Inescrutables son sus caminos, ¿y has venido tú a investigarlos? Si has venido a investigar lo insondable y a escudriñar lo inescrutable, cree, pues, que has perecido. Lo mismo es examinar lo insondable y escudriñar lo inescrutable que querer ver lo invisible y hablar lo inefable. Por lo tanto, edifíquese la casa. Cuando llegue la hora de la dedicación, quizá entonces se encontrará la explicación clarísima a estos misterios" (Sermón 27,7).

Agustín considera la Biblia como la expresión inmediata de la voluntad y la inteligencia de Dios. La Escritura no es un libro de historia, sino una oferta divina que se brinda al hombre de fe para descubrirle lo que Dios le pide en cada momento y qué es lo que tiene que hacer para agradarle. Con mucha frecuencia habla de la Escritura como la carta que Dios nos ha escrito a los hombres: "De aquella ciudad a la que nos dirigimos nos fueron enviadas cartas, las santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien" (Comentario al salmo 90,2,1). Y en otro lugar: "nos llegaron cartas de nuestra patria; os las leemos" (Comentario al salmo 149,5). En el fondo lo que hace Dios enviando sus cartas es hacer crecer en nosotros el deseo de la patria, de volver a nuestro auténtico hogar: "Nuestro Padre nos envió unas cartas desde allí. Dios nos proporcionó las santas Escrituras; con tales cartas excitó en nosotros el deseo de volver, ya que, amando nuestra peregrinación, mirábamos de cara al enemigo y dejábamos de espaldas a la patria" (Comentario al salmo 64,2). El valor de la Escritura es inmenso: "La palabra, que supera todas las cosas, no tiene precio absolutamente alguno" (Sermón 117,1).

La Palabra de Dios, cuando es leída en un contexto eclesial, es, según Agustín, como un manuscrito de Dios, donde se encuentran narradas todas las promesas del Señor: "Esto viene a ser como si tú dijese a alguno a quien algo prometes: No me crees; te lo consigno por escrito. Como pasa una generación y viene otra, y así transcurren estos siglos cediendo los mortales el paso a los que les suceden, por lo mismo, debió permanecer la Escritura de Dios y cierto manuscrito suyo para que cuantos pasasen lo leyesen y retuviesen el salvoconducto de su promesa. Dudan los hombres creerle sobre la resurrección de los muertos y el siglo futuro, lo que sólo falta ya de cumplirse. ¿Cuándo, tratando esto con los infieles, se avergüenzan los infieles? Dios te dice: Tienes mi manuscrito; prometí el juicio, la separación de los buenos y los malos, el reino eterno a los creyentes, ¿y no quieres creerme? Pues bien, lee en mi manuscrito todas las cosas que prometí; ven a cuentas conmigo, y, contando con lo que cumplí, puedes creerme que he de dar lo que debo. En el mismo manuscrito encuentras prometido a mi único Hijo, a quien no perdoné, sino que lo entregué por todos vosotros; cuéntalo ya entre lo dado. Prosigue leyendo el manuscrito; allí prometí que daría por mi Hijo la prenda del Espíritu Santo; cuéntalo ya entre lo dado" (Comentario al salmo 144,17).

La Biblia es verdad, porque su autor principal es Dios que habla a los hombres: "¡Oh Señor!, ¿acaso no es verdadera esta Escritura tuya, cuando tú, veraz y la misma Verdad, eres el que la has promulgado?" (Confesiones 13,29,44). En ellas se descubre la voluntad de Dios, por eso debe ser

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

estudiada con profundidad: "En todos estos libros, los que temen a Dios y los mansos por la piedad buscan la voluntad de Dios" (Sobre la doctrina cristiana 2,9,14). Agustín siempre realza el factor divino, porque pretende siempre poner de relieve la autoridad de la Biblia. Por eso habla de la Biblia como documento divino compuesto por el dedo de Dios: "Estos cielos ciertamente, es decir, estos libros, son obras de los dedos de Dios, puesto que fueron compuestos obrando el Espíritu Santo en sus santos, ya que quienes más bien atendieron a su propia gloria que a la salud de los hombres hablaron sin tener el Espíritu Santo, en quien se halla la sublime liberalidad de la misericordia de Dios" (Comentario al salmo 8,8). Pero también resalta el factor humano: "Aquí se insinúa que los profetas de Dios nos dicen las cosas que oyen de parte de Dios y que el profeta de Dios no es más que el anunciador de las palabras de Dios a los hombres, los cuales o no pueden o no merecen oír a Dios" (Cuestiones sobre el Heptateuco 2,17). La Biblia es, pues, humana y divina tanto por su origen como por su contenido: "Es un hombre el que habla de Dios, Dios le inspira, es verdad, pero no dejaba de ser un hombre. La inspiración le hizo decir algo; sin ella, del todo hubiera enmudecido. Porque recibió la inspiración un hombre, no dijo todo lo que el misterio es, sino lo que puede decir el hombre" (Comentario al evangelio de Juan 1,1).

Cada página de la Escritura está llena de enseñanzas en torno a Cristo y a la Iglesia: "Casi en cada página no suena otra cosa que Cristo y la Iglesia extendida por todo el orbe" (Sermón 46,33). Y de forma más clara: "Sí, de Dios son aquellas Escrituras, pero no saben a nada si no se ve en ellas a Cristo" (Comentario al evangelio de Juan 9,5). Por eso Cristo es la luz para entender la Escritura, o mejor, la luz nos viene de la pasión del Señor: "La Escritura estaba cerrada, nadie la entendía; fue crucificado el Señor y se licuó como cera, a fin de que todos los débiles entendiesen la Escritura. De aquí es que se rasgó el velo del templo, puesto que lo que estaba oculto se reveló" (Comentario al salmo 21,2,15). Es en Cristo donde encuentra su unidad de fondo la Escritura, un Cristo anunciado en el Antiguo Testamento y realizado en el Nuevo: "El Antiguo Testamento es el Nuevo velado, y el Nuevo es el Antiguo desvelado... Desaparece, pues el velo para que pueda comprenderse lo que estaba oscuro. El Antiguo Testamento estaba cerrado porque aún no había llegado la llave de la cruz" (Sermón 300,3).

Leer la Escritura es entrar en el corazón mismo de Cristo Jesús. En la Escritura el Señor nos ha dejado por escrito todo lo que tenemos que hacer para que nuestra vida pueda ser gastada en su seguimiento. Es más, Agustín ha hecho de la Escritura el alimento de su vida cotidiana y ha sido capaz de compartirla también como pan a su pueblo, porque para él "el Evangelio es la boca de Cristo; está sentado en el cielo, pero no cesa de hablar en la tierra. No seamos, pues, sordos, dado que él clama" (Sermón 85,1).

Las Escrituras son algo así como la fuente de donde sacan los predicadores toda su doctrina, en ellas se puede reconocer a Cristo, que se nos presenta como el salvador de nuestras vidas: "Todo él (el salmo) se le apliquemos a Cristo si queremos retener el camino del recto entender. No nos alejemos de la piedra angular para que nuestro entendimiento no desbarre y vaya a la ruina" (Comentario al salmo 96,2). En ella habla el Espíritu de Dios, pero por medio de los hombres: "No vemos en aquellas Escrituras sino lo que ha dicho el Espíritu de Dios por medio de los hombres" (La ciudad de Dios 18,43).

Tal vez por esto, según Agustín la Biblia está colocada como en un trono para que cada creyente la obedezca, en ella se manifiesta la verdad y no se puede equivocar el que las pone en práctica: "Se ha establecido como en cierta sede, a la que ha de servir toda inteligencia fiel y piadosa. Si algo crea dificultad en estos libros, no está permitido decir: el autor de este libro no dijo verdad, sino o el códice es mendoso, o se equivocó el traductor, o tú no entiendes" (Contra Fausto 11,5). Cuando en la Escritura hay cosas que no están claras, o que no las entendemos adecuadamente, es para que sigamos buscando con mayor empeño: "Por tanto, no entiendes, entiendes poco, no llegas a

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

percibir; venera la Escritura de Dios, honra la palabra de Dios, aun la que no es patente; pospón la inteligencia a la piedad. No seas insolente censurando de oscuridad o malignidad a la Escritura. Nada hay en ella injusto; y, si hay algo oscuro, no es para que se te niegue su entendimiento, sino para hacer desear lo que ha de recibirse. Luego, si hay algo oscuro, el Médico lo recetó de este modo para que llames; quiso que te ejercitases llamando. Lo quiso así para abrir al que llama. Llamando te ejercitarás; ejercitado, te harás más capaz; siendo más capaz percibirás lo que se da. Luego no te indignes porque esté cerrado. Sé afable, sé manso... No cambie el enfermo los medicamentos, pues el Médico sabe recetar como es debido" (Comentario al salmo 146,12).

Para Agustín la Escritura no puede contener ningún error, en caso que pudiese parecer que contiene errores, dice Agustín: "Confieso a tu caridad que sólo en aquellos libros de las Escrituras que se llaman canónicos he aprendido a ofrendar esa reverencia y acatamiento, hasta el punto de creer con absoluta certidumbre que ninguno de sus autores se equivocó al escribir. Si algo me ofende en tales escritos, porque me parece contrario a la verdad, no dudo en afirmar o que el códice tiene una errata, o que el traductor no ha comprendido lo que estaba escrito, o que yo no lo entiendo" (Epístola 82,3). Agustín siente veneración por la Escritura: La Escritura es santa, es veraz, es irreprochable... De nada hay que acusar a la Escritura si, tal vez nosotros, no habiéndola entendido, nos desviamos en algo. Cuando la comprendemos, somos rectos; cuando, no entendiéndola, somos malos, es porque la abandonamos a ella, que es recta. Aunque nosotros nos corrompamos, no la corrompemos a ella, que se mantiene recta, para que volvamos a ella para ser corregidos" (Sermón 23,3).

Evidentemente si la Escritura contiene el pensamiento de Dios, tiene una profundidad enorme: "Créeme, todo lo que se encierra en estos libros es grande y divino: ahí está la verdad absoluta y ahí la ciencia más a propósito para alimento y medicina de las almas, y tan a medida de todos, que nadie que se acerque a beber de ella según lo exige la auténtica religión, queda insatisfecho" (De la utilidad de creer 6,13). Ella es una fuente perenne y siempre nueva de enseñanzas, que no se repite y para comprenderlas se necesita toda la vida: "Porque es tal la profundidad de las Escrituras cristianas, que mi adelantamiento no tendría fin, aunque me ocupara en estudiarlas a ellas solas desde la primera infancia hasta la decrepita senectud, con holgura completa, con extremo afán y con mayor ingenio. No es tanta la dificultad cuando se trata de saber las cosas que son necesarias para la salvación. Pero una vez afianzada la fe, sin la cual no se puede vivir piadosa y rectamente, quedan para los eruditos tantos problemas, tan velados entre múltiples sombras misteriosas; hay tan profunda sabiduría no sólo en las palabras en que los problemas se presentan, sino también en los problemas reales que se pretenden desvelar, que a los más veteranos, agudos, ardientes en el afán de conocer, les acaece lo que la misma Escritura dice en cierto lugar: Cuando el hombre termina, entonces empieza" (Epístola 137,1,3).

Precisamente porque habla de Dios, la Escritura supera la inteligencia humana: "Y el Verbo era Dios; hablamos de Dios; ¿qué maravilla no puedas comprenderle? Si le comprendes, no es Dios. Hagamos piadosa confesión de ignorancia más que temeraria confesión de ciencia. Dar en Dios un poco con la mente es ya dicha muy grande; comprenderle, abarcarlo, de todo en todo imposible. Dios pertenece a la mente, es puro inteligible" (Sermón 117,5).

3. La Escritura fuente de alegría.

"El deleite de la divina palabra y la dulzura que se percibe al entender la palabra de Dios nos impele, ayudando Aquel que da la suavidad para que produzca su fruto nuestra tierra, a mí a hablar, y a vosotros, a oír. Veo que oís sin hastío, y me alegro del paladar de vuestro corazón, que no desecha lo que es saludable, sino que lo toma con avidez y lo retiene con provecho" (Comentario al salmo 61,1).

Entender la Escritura para Agustín es comenzar a disfrutar de la verdadera alegría del espíritu, porque el Señor con el alimento de su palabra nos concede disfrutar de su inteligencia para poder continuar trabajando: "Por eso el Señor nos alimenta a nosotros, que estamos trabajando, con estos signos de las Escrituras Santas. Si se nos sustrae esta alegría de la inteligencia de estos signos sacramentales, desfallecemos en el trabajo y no habrá quien pueda llegar a la recompensa" (Comentario al evangelio de Juan 17,5). Agustín se dedica a confesar lo que ha descubierto en la Escritura: "Tus Escrituras sean mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otro... Te confesaré cuanto descubriere en tus libros y oíré la voz de la alabanza, y beberé de ti" (Confesiones 11,2,3).

Para Agustín las delicias de la Escritura no se puede comparar con ninguna otra delicia, es más todas las demás no proporcionan verdadera alegría al espíritu: "En los libros se encuentran ciertas alegrías santas y buenas, mas no en el oro, ni en la plata, ni en los banquetes, ni en la molicie, ni en la pesca, ni en la caza, ni en el juego, ni en la danza, ni en los teatros frívolos, ni en el búsqueda y consecución de los honores ruinosos. En estas cosas y en esta clase de libros no hay gozos verdaderos. Por tanto, si el alma atravesó estas hondonadas, deleitada por haber atravesado estas cosas, diga, porque lo dice segura y con verdad: Me contaron los impíos sus deleites, pero no son como tu ley, ¡oh Señor!" (Comentario al salmo 38,2). Agustín quiere llegar al alma de la Biblia y esto sólo se puede conseguir activando la fe desde el amor. Es fundamental conseguir esta hondura, porque sólo así llegamos a la sabiduría bíblica que proporciona la auténtica alegría y paz interior y a la que todo cristiano debe aspirar. Para conseguir esto es importante estar unidos en comunión para gustar los manjares de Dios en su palabra: "Los aquí reunidos comamos de los manjares divinos, y nuestra alegría sea su palabra. Nos convida con su Evangelio. El es nuestro manjar, más dulce que ninguno, pero con tal de que se tenga sano el paladar del corazón" (Comentario al evangelio de Juan 7,2).

Lo que nos mantiene en el trabajo es precisamente esta alegría profunda que nos otorga el Señor: "El Señor nos alimenta a nosotros, que estamos trabajando, con estos signos de las Escrituras Santas. Si se nos subtrae esta alegría de la inteligencia de estos signos sacramentales, desfallecemos en el trabajo y no habrá quien pueda llegar a la recompensa" (Comentario al evangelio de Juan 17,5).

Agustín cuando habla de la Escritura nos revela, en su mismo lenguaje una profunda admiración y un sincero temor; admiración y temor que le siguen a lo largo de su vida: "Pido, ante todo, que tu religiosa prudencia considere que en esta vida, máxime en estos tiempos, nada hay más fácil, más placentero y de más aceptación entre los hombres que el ministerio de obispo, presbítero o diácono, si se desempeña por mero cumplimiento y adulación. Pero, al mismo tiempo, nada hay más torpe, triste y abominable ante Dios que la tal conducta. Del mismo modo, nada hay en esta vida, máxime en estos difíciles tiempos, más gravoso, laborioso y peligroso que la obligación del obispo, presbítero o diácono. Tampoco hay nada más santo ante Dios, si se milita en la forma exigida por nuestro emperador. Yo ni en mi infancia ni en mi adolescencia aprendí qué forma es ésa. Cabalmente en la hora en que comenzaba a enterarme, se me hizo violencia por mérito de mis pecados, pues no hallo otra explicación. Se me forzó a ser el segundo de a bordo, cuando ni de empuñar el remo era capaz" (Epístola 21,1).

4. La Biblia maestra de virtud.

"La palabra de Dios es tu adversaria, si tú eres amigo de tu perversidad. Por el contrario, si tú te opones a tu iniquidad, la palabra de Dios es tu amiga, y adversaria de tu iniquidad. Luego si odiaste tu iniquidad, te unes a la palabra de Dios, y así seréis dos los que lucháis contra ella para aniquilarla: tú y la palabra de Dios. Tú, por tus fuerzas, no puedes nada, pero te ayuda aquel que te entregó su palabra, y de este modo la iniquidad es vencida" (Comentario al salmo 35,1).

Para Agustín el estudio de la Biblia es fuente de consolación y un medio adecuado para reavivar las virtudes teologales. A Fausto le dice: "Nosotros, por el contrario, leemos los libros de los profetas y de los apóstoles para recordar nuestra fe, consolar nuestra esperanza y exhortarnos al amor; libros que muestran su mutuo acuerdo, y con ese acuerdo, como con una trompeta celeste, nos despiertan del torpor de la vida mortal y nos pone en tensión hacia la palma de la suprema vocación" (Contra Fausto 13,18). La Escritura trata de edificar en nosotros estas virtudes: "¿Dónde, pues, encontrar las tres virtudes que el artificio de los Libros santos tiende a edificar en nuestras almas, de, esperanza y caridad, sino en el alma de aquel que cree lo que intuye, y espera y ama lo que cree?" (La Trinidad 8,4,6).

La intelección adecuada de la Biblia está íntimamente conectada con la vida ordenada. Es cierto que en la Escritura es todo armonioso, pero eso sólo lo descubrirá el que sea armonioso interiormente: "En las Escrituras, todo es armonía y orden y no hay allí contradicción alguna. Elimina tú también toda contradicción de tu corazón y penetra tu inteligencia la armonía de las Escrituras" (Comentario al evangelio de Juan 19,7). El que vive ya las virtudes teologales, tiene concentrado dentro toda la Escritura: "El hombre que está firme en la fe, en la esperanza y en la caridad y que las retiene inalterablemente, no necesita de las sagradas Escrituras, si no es para instruir a otros. Así, muchos dirigidos por estas tres virtudes viven en los desiertos sin el auxilio de los Libros santos... Tanta fue la instrucción a que llegaron con estos medios de la fe, de la esperanza y de la caridad, que como poseyendo ya lo perfecto no buscan lo que sólo en parte es perfecto, es decir, las enseñanzas parciales" (De la doctrina cristiana 1,39,43). De todas las maneras, parece que lo anterior es sólo un caso hipotético, y que lo cierto es que para lograr acercarse a la perfección el medio que tiene el hombre a su alcance es la Biblia: "Pondere cada uno en sí mismo cuánto valga la palabra de Dios para corregir nuestra vida, para esperar el premio y temer las penas" (Comentario al salmo 49,1).

El estudio de la Biblia pone al hombre siempre delante del modelo que es Cristo y nos lleva a un continuo examinarnos a la luz de la Palabra. El que tiene el coraje de mirar en la Escritura como en un espejo, puede descubrir la propia deformidad y de esa forma puede entrar en el camino de la corrección: "Sea para ti la Sagrada Escritura como un espejo. El espejo tiene un resplandor que no miente, ni adula ni ama a unas personas con exclusión de otras. Eres hermoso; hermoso te ves allí; eres feo, feo te ves allí. Pero si te acercas siendo feo, y como tal allí te ves, no acuses al espejo. Vuelve a tu interior; el espejo no te engaña; no te engañes a ti mismo. Júzgate, entristécete de tu fealdad, para que al marchar y alejarte triste, corregida la fealdad, puedas retornar hermoso" (Sermón 49,5).

El lenguaje de la escritura está adaptado a todos y a todos les dice algo particular: "Mas si aun tú no puedes comprenderlo, deja estas cosas para que las contemplen otros más capaces, y tú sigue avanzando con la Escritura, que no te abandona en tu debilidad, y que con paso materno anda contigo más lentamente, la cual habla de este modo para reírse de la hinchazón de los soberbios, para atemorizar a los observadores con su profundidad, para saciar a los doctores con la verdad y para alimentar a los niños con su afabilidad" (Del Génesis a la letra 5,3,6).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

Como cristianos tenemos necesidad de saborear la Escritura para adentrarnos en el misterio de Cristo y de su Iglesia y, por tanto, para crecer en la propia vida cristiana: "Como no deben permanecer siempre ásperos y como sin condimento estos alimentos, por eso hablamos en la Iglesia de Dios, en nombre de Cristo, a los alimentados y a los que lo deben ser, pues no deben los cristianos abstenerse de saborear este alimento de las Santas Escrituras, de las cuales el mundo se halla apartado. Si las cosas que con frecuencia oísteis las rumiasteis con gozo en el paladar del pensamiento y no las echasteis por olvido como en saco roto, vuestro mismo recuerdo y la memoria nos podrá ayudar sobremanera para no hablar largamente, como a incultos, al exponer las cosas que sabemos conocéis. Recuerdo que habéis oído muchas veces lo que ahora os repito: que apenas encontraréis un salmo que no hable de Cristo y la Iglesia, o Cristo solo, o la Iglesia sola, la cual en parte somos también nosotros" (Comentario al salmo 59,1).

Aunque utiliza un lenguaje accesible a todos, no obstante, será bueno que cuando queremos profundizar en ellas nos acerquemos con las debidas disposiciones. Evidentemente para acercarse a la Escritura se necesita sencillez y humildad, es más, la Escritura siempre recomienda la humildad: "En cuanto al estilo de expresión con que la Sagrada Escritura se trama, cuán asequible es a todos, aunque para pocos es diáfana. Como un amigo familiar, expresa sin rodeos al corazón de doctos e indoctos las verdades manifiestas que contiene. Pero aun esos misterios que oculta no los enreda con lenguaje orgulloso, para que no se atreva a acercarse el entendimiento algo torpe o falto de preparación, como un pobre que se acerca a un rico. Por el contrario, invita a todos con humilde palabra, no sólo para nutrirlos con verdades manifiestas, sino también para ejercitarlos con verdades ocultas... Sólo es enemiga de esta doctrina aquella alma que por error ignora que esta es la doctrina salvadora o por enfermedad odia la medicina" (Epístola 137,5,18).

5. La Biblia medicina, alimento y luz.

"Pan es también la palabra de Dios que cada día se nos predica. No deja de ser pan por el hecho de que no lo sea para el vientre. Una vez pasada esta vida, no buscaremos el pan que busca quien tiene hambre, ni recibiremos tampoco el sacramento del altar, porque allí estaremos con Cristo, cuyo cuerpo recibimos; ni tampoco se nos dirán estas palabras que yo estoy diciéndoos, ni se leerá el códice cuando veamos a la misma Palabra, al Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, de quien se alimentan los ángeles, por quien son iluminados. El hace sabios a los ángeles, quienes no buscan palabras que solo expresan sus significados mediante rodeos, sino que beben la única Palabra, el único Verbo, del cual una vez llenos, rompen en alabanzas, en alabanzas que no cesarán" (Sermón 59,6).

Es más, en la escritura encuentra la medicina para toda enfermedad: " Toda enfermedad del alma tiene en la Sagrada Escritura su propia medicina" (Comentario al salmo 36,1,3). Es el Señor el que ha preparado la medicina en la Escritura y cada uno puede ir a curarse: "Nuestro Dios y Señor, curando y sanando cualquier clase de enfermedad del alma, presentó muchos medicamentos a través de las Santas Escrituras. Al leer las lecturas divinas, eran como sacadas del botiquín" (Sermón 32,1). La razón de esto es que en la Escritura se deja encontrar Cristo como salvador de nuestra vida.

La Escritura es como la vez que está siempre diciéndose para que el que la escuche pueda ser instruido y aprender las grandes verdades de la vida; cada página manifiesta la voluntad de Dios sobre nosotros: "La Escritura no cesa de intimarnos que, despreciando las cosas temporales, amemos las eternas. Cada página nos lo advierte, a veces manifiestamente, otras veces de forma oscura y misteriosa, pero nadie se sienta defraudado al ver que la página divina habla de forma oscura. Donde se te presenta manifiesta la voluntad de Dios, es decir, donde está clara, ámala. Ámala cuando te amonesta claramente. Pero es igual cuando se te manifiesta claramente que cuando se presenta de forma oscura. La misma es cuando está al sol que cuando está a la sombra. Has de seguirla tal cual la encuentras escrita" (Sermón 45,3).

La Escritura siempre es alimento capaz de quitar toda hambre y de saciar sin cansar: "Todos los sacramentos de las divinas escrituras son grandes y divinos. Pero los más insignes y principales son los que reclamen la máxima atención, los que son más propios para edificar a los caídos, saciar a los hambrientos: que éstos no se sacien hasta el fastidio, sino que la saciedad carezca de fastidio, quitando la necesidad sin provocar desdén" (Sermón 2,6).

La Escritura es para Agustín como las pastos de alimentos seguros para todos los hombres: "Constituyó como montes de Israel a los autores de las Escrituras divinas. Apacentaos allí para hacerlo con seguridad. Cuanto oigáis que procede de allí deleite vuestro gusto; rechazad cuanto es extraño. No os extraviéis en la niebla, oíd la voz del pastor. Reuníos en los montes de la Sagrada Escritura. Allí se encuentran las delicias de vuestro corazón; nada hay venenoso, nada extraño; hay pastos ubérrimos. Vosotras venid sanas, apacentaos sanas en los montes de Israel" (Sermón 46,24). "Dios rebajó las Escrituras hasta la capacidad de los niños y lactantes" (Comentario al salmo 8,8).

De lo que se trata es de alimentar nuestra vida espiritual, por tanto, la Escritura proporciona alimento para vivir la vida cristiana y saciar nuestra inteligencia; pero a la vez se nos dan normas para cumplir con los mandatos y cuando topamos con algo oscuro, deposita en el hombre deseos de profundizar y llegar a descubrir lo oculto: "En toda la abundancia de las Sagradas Escrituras se nos apacienta con las cosas claras y se nos intriga con las oscuras. En un caso se nos quita el hambre y en otro el fastidio" (Sermón 71,11). Cuando se trata de comentar la Escritura es necesario partir de lo que

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

dice, en parte porque ella misma aclara lo que en apariencia está oscuro. Agustín con frecuencia comenta la Escritura con la misma Escritura: "En el examinar y comentar, amadísimos hermanos, el significado de la Sagrada Escritura debe guiarnos su evidentísima autoridad, de manera que, partiendo de lo que dice claramente para nutrirnos, se descubra con fidelidad lo que se dijo envuelto en oscuridad para ejercitarnos. ¿Quién hay que se atreva a exponer los misterios divinos de forma distinta a como pregonó y prescribió el corazón y la boca del Apóstol?" (Sermón 363,1).

Es constante en Agustín, sobre todo predicando a sus fieles, referirse a la Escritura como pan cotidiano con el que nos alimentamos y nos capacitamos para vivir en esta vida. Bástenos algunos textos que expresan lo dicho en sus sermones: "Existe otro pan cotidiano: el que piden los hijos. Es la palabra de Dios que se nos ofrece día a día. Nuestro pan es cotidiano: con él viven las mentes, no los vientres... Nuestro alimento cotidiano en esta tierra es la palabra de Dios que se distribuye siempre a las iglesias; nuestra recompensa, posterior al trabajo, se llama vida eterna" (Sermón 56,10). "Lo que yo os expongo es pan de cada día. Pan de cada día es el escuchar diariamente las lecturas en la Iglesia" (Sermón 57,7). "Nadie se lamentará de no haber gustado del pan de la palabra que en la mesa se ha puesto" (Comentario al evangelio de Juan 34,1). "También la palabra de Dios, que día a día se os explica y en cierto modo se os reparte, es pan de cada día" (Sermón 58,5).

El que quiera acercarse a este alimento con intenciones torcidas, encuentra muerte en lugar de vida: "Toda palabra divina es saludable para quienes la entienden bien, y perjudicial para los que pretenden, según la perversidad de su corazón, torcerla antes que corregir su corazón conforme a la rectitud de ella. Esta es una costumbre de los hombres de inigualada perversidad, puesto que, debiendo vivir conforme a la voluntad de Dios, quieren que Dios viva según la suya. Y, no queriendo corregirse, pretenden hacer depravado a Dios, pensando que no es recto lo que Dios quiere, sino lo que ellos desean... Dije que el corazón del hombre aparta de sí la severidad de la palabra de Dios y que da cabida malamente en sí a los halagos de la incitadora serpiente. Contra estos se pronuncia la palabra divina y en este salmo nos previene contra ellos" (Comentario al salmo 48,1,1). En otra ocasión dice Agustín: "Los que lee con avieso deseo, debido al pecado, se ven obligados a entender mal, de suerte que la misma lectura es castigo del pecado" (Comentario al salmo 7,15).

Para Agustín la Escritura es palabra viva, que alimento y proporciona la salud del hombre interior: "El Evangelio y la palabra viva de Dios, que penetra hasta el fondo de nuestras almas y busca el quicio del corazón, se nos ofrece saludablemente a todos nosotros y a nadie pasa la mano adulatoriamente, si el hombre no se la pasa a sí mismo. He aquí que se nos ha propuesto como un espejo en el que podemos mirarnos todos; si tal vez advertimos una mancha en nuestro rostro, lavémosla con esmero para no tener que avergonzarnos cuando volvamos a mirarnos al espejo" (Sermón 301 A,1). Pero sólo el hombre que está vivo acoge la vida del Evangelio: "Sólo un alma muerta puede contradecir la vida. El Evangelio es vida, y la impiedad o infidelidad es la muerte del alma" (Sermón 65,5). Es la palabra de Dios la que tiene el poder para dar vida y resucitar de la muerte: "Son los muertos que resucita la palabra de Dios para que vivan en fe. La infidelidad tenía los muertos, la palabra de Dios los alza del sepulcro" (Sermón 127, 7).

Según Agustín la Palabra es también bebida refrescante en medio del abrasador calor que soportamos: "Pero ahora, para no desfallecer en el desierto, nos sostiene el rocío de la palabra de Dios y no permite que nos sequemos por completo a fin de que no tengamos nueva aspiración de lo nuestro, sino que de tal modo sintamos sed, que bebamos. Mas para beber, ahora somos rociados por alguna gracia suya; sin embargo, sentimos sed" (Comentario al salmo 62,3). Cada uno se sacia según su propia sed, no es para todos lo mismo: "El Señor mismo difundió por todo el mundo su Evangelio para que todos, cada uno según su capacidad, bebiesen de él" (Comentario al evangelio de Juan 124,7).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

La Escritura es la lámpara capaz de iluminar todos los caminos de los hombres y poner al descubierto la propia existencia: "Entre tanto no falte en esta noche la lámpara. Y esto es quizá lo que hacemos ahora, pues, al exponer estas palabras de la Escritura, presentamos la lámpara para que nos alumbré en esta noche; la cual debe estar siempre encendida en vuestras moradas" (Comentario al salmo 76,4). Hemos de estar agradecidos a Dios que nos ha dado la Biblia como una luz que ilumina: "Bendito sea Dios, que nos dio las Escrituras santas. No cerréis los ojos al resplandor de esta luz. El resplandor engendrarse de la luz, y, con todo eso, el resplandor es coeterno a quien lo engendra. Siempre existió la Luz y siempre su resplandor... Os riego paréis mientes en aquel de quien hablamos. Oíd, reflexionad, creed y comprended: hablamos del mismo Dios" (Sermón 118,2).

Según Agustín las Escrituras son como lámparas que son necesarias ahora, en la vida de aquí; cuando lleguemos al reino, en presencia de Dios, ya no necesitaremos estas luces para conducirnos, estaremos a pleno día: "En presencia de aquel día, no habrá necesidad de lámparas, ni se nos leerán los profetas, ni se abrirán las epístolas del Apóstol, ni iremos en busca del testimonio de Juan, ni necesitaremos siquiera del Evangelio mismo. Desaparecerán, pues, todas las Escrituras, que, como lámparas, estaban encendidas en la noche de este siglo con el fin de no dejarnos en tinieblas" (Comentario al evangelio de Juan 35,9).

La Palabra de Dios nos convierte en dioses, hace que corra por nuestras venas la misma sangre de Dios, es cierto que no es por naturaleza, sino por participación, pero dioses al fin; Agustín afirma esto como una prueba de que el Verbo tiene que ser Dios: "Si la palabra de Dios en los hombres pudo hacer que se llamasen dioses, ¿cómo no ha de ser Dios el Verbo de Dios, que está en Dios? Si por la palabra de Dios son dioses los hombres, si son dioses por participación, ¿no será Dios aquel de quien participan? Si las luces encendidas son dioses, ¿no será Dios la luz que las enciende? Si los calentados con el fuego de salud se convierten en dioses, ¿no será Dios el fuego que les da el calor? Si te acercas a la luz eres iluminado y te cuentas entre los hijos de Dios; se te apartas de la luz, te oscureces y te hallas en tinieblas; pero aquella luz no se acerca a sí, porque no se aparta de sí misma. Si, pues, a vosotros os convierte en dioses la palabra de Dios, ¿cómo no ha de ser Dios el Verbo de Dios?" (Comentario al evangelio de Juan 48,9).

La Escritura se comporta con los hombres como una madre con sus hijos: mientras el hombre es carnal usa un lenguaje carnal, para conducirlo a un nivel más espiritual y poder usar otro lenguaje más apropiado: "Con el fin de ejercitarnos a nosotros, la misma Escritura habla en muchos lugares como carnalmente, aunque la ley es siempre espiritual... Aunque ella es espiritual, con frecuencia, no obstante, con los carnales camina casi carnalmente. Pero no quiere que permanezcamos carnales, como la madre que gusta de nutrir a su pequeño, pero no desea que permanezca pequeño. Lo lleva en su seno, lo atiende con sus manos, lo consuela con sus caricias, lo alimenta con su leche. Todo esto hace al pequeño, pero desea que crezca, para no tener que hacer siempre tales cosas" (Sermón 23,3).

6. La Biblia y el precepto del amor.

"Juntamente hemos sido comprados, por ambos se ha pagado el mismo precio. Se lean las tablas en que consta nuestro precio, el Evangelio, documento santo de nuestra compra. Lo abro y leo. ¿Qué abro? ¿Qué leo? El documento donde consta que hemos sido comprados, que somos hermanos y consiervos, que hemos sido constituidos en unidad. No calló lo que compró Cristo, no sucediera que alguien le quitara su propiedad y pusiese en su lugar otra. En ningún modo calló el objeto de su compra. Abre las tablillas y lee; se legalizaron los documentos, no compró sin hacer escrituras, previó que en el futuro iban a aparecer calumniadores" (Sermón 340 A,11).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

Fundamentalmente lo que se recomienda en la Escritura son los dos preceptos del amor: "Me extraña que no sepas que ignoro muchas cosas, no sólo en otras disciplinas, sino en las mismas santas Escrituras; en ellas es mucho más lo que ignoro que lo que sé. Pero creo que no es estéril la esperanza que pongo en el nombre de Cristo, porque no sólo he creído a mi Dios, que me enseña que en los dos preceptos se encierran la Ley y los Profetas, sino que lo he experimentado y lo experimento cada día" (Epístola 55,21,38). Esto mismo lo dice de forma lapidaria hablando de la esencia y el fin de la Biblia: "El compendio de todo lo expuesto desde que comenzamos a tratar de los objetos o cosas, es entender que la esencia y el fin de toda la divina Escritura es el amor de la Cosa que hemos de gozar y de la cosa que con nosotros puede gozar de Ella" (Sobre la doctrina cristiana 1,35,39). Para Agustín todo lo que piensa de bien el hombre o descubre en cualquier página de la Biblia, no tiene otro fin que la caridad: "Todo lo que de saludable concibe la mente, o profiere la boca, o se arranca de cualquier página de la Escritura, sólo tiene por fin la caridad... Ninguna otra cosa busquéis en la Escritura; nadie os mande otra cosa. En todo lo que en la Escritura está oculto, está oculto este amor, y en todo lo que en ella es patente, se halla patente este amor. Si en ninguna parte apareciese patente, no te alimentaría; si en ninguna apareciese oculto, no te ejercitaría" (Comentario al salmo 140,2).

Es más, en la caridad está toda la sabiduría de la Escritura, de tal manera que si posees la caridad tienes incluso aquello que no has podido conocer de la revelación: "El amor por el que amamos a Dios y al prójimo posee confiado toda la magnitud y latitud de las palabras divinas... Si, pues, no dispones de tiempo para escudriñar todas las páginas santas, para quitar todos los velos a sus palabras y penetrar en todos los secretos de las Escrituras, mantente en el amor, del que pende todo; así tendrás lo que allí aprendiste e incluso lo que aún no has aprendido. En efecto, si conoces el amor, conoces algo de lo que pende también lo que tal vez no conoces; en lo que comprendes de las Escrituras se descubre evidente el amor, en lo que no entiendes se oculta. Quien tiene el amor en sus costumbres, posee, pues, tanto lo que está a la vista como lo que está oculto en la palabra divina" (Sermón 350,2). Por lo tanto, "quien tiene su corazón lleno de amor, hermanos míos, comprende sin error y mantiene sin esfuerzo la variada, abundante y vastísima doctrina de las Sagradas Escrituras" (Sermón 350,1). Siento esto así, es normal que el que quiere acercarse a la Escritura y conseguir toda su riqueza será necesario que lo haga desde el amor, es decir, el amor es el que debe regir todo quehacer bíblico y que el que quiere bucear en las Sagradas Escrituras debe tener encendido el corazón en el amor y actuar desde una vivencia amorosa que abre las puertas de la comprensión y agudiza la inteligencia cordial y sabrosa.

Por eso quien se acerca a la Escritura es invitado a poner por obra, a llevar a la práctica lo que ha escuchado: el amor a Dios y a los hermanos. Esta es la ciencia que se desprende del estudio de la Escritura: "Después de estos dos grados, del temor y la piedad, se sube al tercero, que es el de la ciencia, del cual he determinado hablar ahora. Porque en éste se ejercita todo el estudio de las divinas Escrituras, no encontrado en ellas otra cosa más que se ha de amar a Dios por Dios y al prójimo por Dios; a Este con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; al prójimo como a nosotros mismos, es decir, que todo amor al prójimo como a nosotros ha de referirse a Dios. De estos dos preceptos hemos tratado en el libro anterior al hablar de las cosas. Es, pues, necesario que ante todo cada uno vea, estudiando las divinas Escrituras, que si se halla enredado en el amor del mundo, es decir, en el de las cosas temporales, está tanto más alejado del amor de Dios y del prójimo cuanto lo prescribe la misma Escritura" (Sobre la doctrina cristiana 2,7,10). Entender la Escritura, por tanto, es edificar el amor y vivir de él: "El que juzga haber entendido las divinas Escrituras o alguna parte de ellas, y con esta inteligencia no edifica este doble amor de Dios y del prójimo, aún no las entendió" (Sobre la doctrina cristiana 1,36,40).

En el fondo de lo que se trata es de aprender a vivir bien y esto se puede aprender fácilmente si nos acostumbramos a sacar del tesoro que es la Escritura lo que en él se encierra: "¿Qué es el vivir bien que aquí se aprende? En la ley hay muchos preceptos, donde está contenida, se manda y se

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

aprende la misma vida buena... Las Sagradas Escrituras son como un inmenso tesoro que encierra en sí muchos preceptos maravillosos, a modo de muchas gemas y preciosos collares y vasos finos de buen metal. Pero ¿quién es capaz de examinar tan inmenso tesoro, de servirse de él y de llegar a descubrir todo lo que en él hay?" (Sermón sobre la disciplina cristiana 2,2). Según Agustín muchas veces la Escritura es clara, más que explicaciones lo que se necesita es alguien que sepa obedecer y ponga por obra lo que ha aprendido: "Mis fuerzas, hermanos, son escasas, pero son grandes las de la palabra de Dios. Demuestre su poder en vuestros corazones. Por lo tanto, lo que yo digo despacio lo habréis oído bien si obedecéis. Como por medio de una nube, el profeta Isaías, tronó el Señor. Si le oísteis, sin duda os habéis asustado. Lo dijo claramente, de modo que estas cosas no necesitan quien las explique, sino quien las cumpla" (Sermón 42,1). Es necesario que el hombre se deje atrapar por la Palabra y cambie la vida: "Así es la Palabra de Dios y así debe de ser para los fieles, como el anzuelo para el pez, que lo coge cuando es cogido. No se hace un agravio a quienes son cogidos, puesto que lo son para darles la vida y no para destruirlos" (Comentario al evangelio de Juan 42,1).

7. Actitudes para un estudio serio de la Biblia.

"En nuestras peticiones no nos salgamos de las palabras y del sentido de esta oración, y obtendremos cuanto pedimos. Porque sólo entonces permanecen en nosotros sus palabras, cuando cumplimos sus preceptos y vamos en pos de sus promesas. Pero cuando sus palabras están sólo en la memoria, sin reflejarse en nuestro modo de vivir, somos como el sarmiento fuera de la vid, que no recibe la savia de la raíz" (Comentario al evangelio de Juan 81,4).

Según Agustín hay unas disposiciones imprescindibles para comprender rectamente la Escritura con vistas no sólo a un conocimiento intelectual y abstracto, sino también a una vivencia cristiana desde las normas de la Biblia. Estas disposiciones, a nivel personal, se pueden resumir en las siguientes:

* Tener un corazón cristiano: "Por donde exhorto a vuestra prudencia, señores dilectísimos y hermanos justamente honorables, a que meditéis con un corazón totalmente cristiano la Escritura de Dios" (Epístola 77,1).

* Para que uno puede comprender y anunciar la palabra de Dios es necesario que se parte de una escucha en el interior: "Sed cumplidores de la palabra y no sólo oyentes, engañándoos a vosotros mismos. A vosotros mismos os engañáis, no al autor de la palabra ni al ministro de la misma. Partiendo de esta frase que mana de la fuente de la verdad a través de la veracísima boca del apóstol, también yo me atrevo a exhortaros, y mientras os exhorto a vosotros, pongo la mirada en mí mismo. Pierde el tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior. Quienes predicamos la palabra de Dios a los pueblos no estamos tan alejados de la condición humana y de la reflexión apoyada en la fe que no advertamos nuestros peligros" (Sermón 179,1). El Señor nos alimenta interiormente con su Palabra y vigoriza el corazón: "Para que la palabra de Dios, servida por nuestro ministerio, alimente el corazón de quienes van a ayunar corporalmente; de esta forma, vigorizado el hombre interior por su propio alimento, podrá llevar a cabo y mantener con fortaleza la mortificación del exterior" (Sermón 205,1).

* Lealtad: "Dos son los defectos, difícilmente tolerables, en el error de los mortales: la presunción antes de conocer la verdad y la testarudez en defender el error una vez demostrada la verdad. De estos dos vicios tan opuestos a la verdad y a la reverencia debida a las Escrituras inspiradas, espero verme libre... y prometo no ser indolente en la investigación de la esencia divina a través de la creación visible y de las Sagradas Escrituras" (La Trinidad 2, prefacio,1).

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

* Atención a la falsa inteligencia de la Escritura, es decir, la gran mayoría de las herejías nacen de que no se entiende adecuadamente la Escritura y no se reconoce las propias limitaciones y, por tanto, se defienden posturas irrenunciables e irreformables apoyados en verdades subjetivas: "Las herejías y dogmas de perversión, que enredan las almas y las arrojan al abismo, no se originan sino de la mala inteligencia de las buenas Escrituras y de que lo que se ha entendido mal se afirme con temeridad y audacia. Y así, carísimos, hemos de oír con mucha prudencia y con un corazón piadoso y lleno de temor santo, como lo recuerda la Escritura, todo lo que, como párvulos, todavía no podemos alcanzar. Hay que guardar, pues, estas reglas de salvación, a saber: aquello que, según la fe en la que se nos imbuyó, se haya podido alcanzar, saboréese con la misma satisfacción que un manjar; y de aquello otro que, según la sana regla de la fe, no se haya podido entender todavía, destiérrese toda duda y difiérase su inteligencia; esto es, aunque haya algo que no se entienda, no se dude, sin embargo, de que ello es verdadero y bueno" (Comentario al evangelio de Juan 18,1).

* Tener espíritu de oración para poder entender adecuadamente la Escritura: "Hemos de advertir a los estudiosos de los Libros santos que no sólo conozcan los géneros de locuciones de la Escritura, y adviertan con cuidado de qué manera suele hablar, y lo retengan de memoria, sino también, y esto es lo principal y más necesario, que oren para que entiendan. En estos libros, a cuyo estudio se dedican, podrán leer que el Señor da la sabiduría y de su rostro procede la ciencia y el entendimiento, de quien también recibieron ese mismo deseo de saber, si es que está acompañado de piedad" (Sobre la doctrina cristiana 3,37,56). Las cosas que son oscuras en la Escritura, invitan a que se pida al Señor para que nos las manifieste: "Pues ciertos sacramentos de las santas Escrituras no se hallan ocultos para que no se manifiesten, sino para que se patenticen a los que llaman. Luego, si llamáis con afecto piadoso y sincero fervor de corazón, los abrirá Aquel que ve por qué llamáis" (Comentario al salmo 93,1).

La Escritura no siempre es clara ni fácil de entender, por eso, si sospechamos que no se nos ha dado a conocer todo lo que en ella se encierra, es necesario pedir a Dios su luz para entender lo oscuro y practicar lo que ya hemos comprendido: "Si alguno de vosotros comprende que hay algo más, llame a la puerta de aquel de quien también nosotros hemos recibido lo que pudimos comprender y decir. Ante todo, quedaos con esto: aunque no comprendáis las Escrituras, no os inquietéis; si las habéis entendido, no os hinchéis; al contrario, lo que no habéis entendido diferidlo reverentemente; lo que comprendisteis, retenedlo con amor" (Sermón 51,35).

* La lectura de la Biblia debe mirar a la sabiduría, pero la sabiduría tiene también mucho que ver con la acción, es decir, no basta con leer y saber de memoria, es necesario también vivir conforme a lo que se lee: "Tanto más o menos sabiamente habla un hombre cuanto más o menos hubiere aprovechado en las santas Escrituras. No digo en tenerlas muy leídas y en saberlas de memoria, sino en calar bien su esencia y en indagar con ahínco sus sentidos. Porque hay algunos que leen y las descuidan; las leen para retenerlas de memoria, y descuidan entenderlas. A los cuales sin duda deben preferirse los que no tienen tan en la memoria sus palabras, pero ven el meollo de ellas con los ojos de su espíritu" (Sobre la doctrina cristiana 4,5,7). En otro momento dice Agustín: "Es conveniente que os exhortemos a no ser sólo oyentes de la palabra, sino también cumplidores" (Sermón 179,2).

Agustín ha sabido fijar una serie de normas válidas para los que quieren conectar con los relatos bíblicos, aunque él muchas veces no se ajusta a lo que dice en su libro Sobre la doctrina cristiana (2,10,14). Son criterios teóricos que pueden servir para una instrucción bíblica de los que se quieren familiarizar con el contenido del mensaje cristiano. Sabemos que Agustín se suele regir por criterios más bien pastorales que teóricos, por eso no siempre le han servido a él.

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

Agustín sabe que hay una unidad de fondo en toda la Escritura, ya que es único el autor, aunque sean muchos los que traten de explicarlas: "Todas las lecturas divinas están tan relacionadas entre sí como si fueran un único texto, porque proceden en su totalidad de una misma boca. Múltiples son las bocas de los que desempeñan el servicio de la palabra, pero única es la del que llena a esos servidores" (Sermón 170,1). Por ser único el autor, probablemente todas las Escrituras se puedan resumir en unas pocas palabras, es decir, que escuchemos la que escuchemos, en el fondo es un mismo el mensaje, una sola la idea fuerza: "No ignoro que vuestros corazones se alimentan a diario con las exhortaciones de las lecturas divinas y con el alimento de la palabra de Dios... Es tal el amor, que, si alguien quiere hablar de él, no ha de buscar una lectura adecuada para ello, pues cualquier página, ábrase donde se abra, no dice otra cosa... En cada página del Señor que se lea no encontramos sino una invitación al amor... Ved si las palabras divinas hacen otra cosa que exhortarnos al amor; ved si pretenden otra cosa que hacer que nos sintamos inflamados, que supliquemos, deseemos, gimamos y suspiremos hasta que lleguemos" (Sermón 350 A,1 y 3). Conviene explicar la Biblia con la Biblia, escuchando al único Dios que habla en todas las palabras del libro que él ha inspirado.

Agustín, que sabemos que no ha renunciado nunca a la cultura, en su reflexión bíblica ha sido consciente de que "se acomoda la Escritura a nuestro común decir al hablar a los mortales" (La Trinidad 1,12,23) y él mismo no ha escatimado esfuerzos y utilizado todos los instrumentos que tenía a su alcance para profundizar y aclarar los pasajes más difíciles. Pero en todo ha querido ser fiel a su cultura y a su tiempo, de ahí que digamos que es un pastoralista que se propuso brindar a su comunidad una visión válida de las creencias, y para ellos se apoya en una interpretación alegórica, sabiendo que la Escritura, como ya hemos visto, es una medicina para las enfermedades que nos aquejan en cada momento.

8. Conclusión.

"La Escritura no manda, sino la caridad; ni reprende, sino la codicia, y de este modo forma las costumbres de los hombres... La Escritura no afirma en todas las cosas presentes, pasadas y futuras, sino únicamente la fe católica. Narra las cosas pasadas, anuncia las venideras y muestra las presentes, pero todo esto se encamina a nutrir y fortalecer la misma caridad, y a vencer y a extinguir la codicia" (Sobre la doctrina cristiana 3,10,15).

Hasta ahora no nos hemos fijados en la grandeza exegética de Agustín, ni en el valor de su hermenéutica, ni en el carácter científico de sus métodos expositivos, ni en la perennidad de sus argumentos, sino sólo sobre el empeño o la función vital que las Escrituras han tenido en su vida y algo en su acción pastoral, porque nos interesaba resaltar el valor de la Biblia no sólo en el pensamiento del hombre y el polemista, sino fundamentalmente en el alma y en la vida de Agustín, y hemos visto que es cierto el valor del contenido bíblico en el espíritu buscador de este hombre. Tampoco ahora vamos a profundizar en la dimensión exegética agustiniana, el que tenga interés puede consultar a los especialistas (Rondet, H., *Thèmes bibliques. Exègese Augustinienne*, en *Augustinus Magister*, Congrès International Augustinien, Paris 21-24 sept. 1954, p.231-246); Pontet, M., *La exègese de S. Augustin prédicateur*, Paris 1954; Comeau, M., *S. Augustin exègète du quatrième Évangile*, Paris 1930; Bonnardière, A.M., *Biblia Augustiniana*, 4 vols., Paris 1960-1967; Colunga, A., *Algunos principios exegéticos de S. Agustín*, en *Estudios Bíblicos*, 2, 1930, p.101-112; Deems, N., *Augustine's use of the Scripture*, en *Church History*, 1945, p.188-200).

En el estudio que hemos hecho nos hemos dado cuenta que es una constante la presencia de la Escritura en todos los momentos decisivos de la vida de este hombre excepcional: "La Biblia está en el centro mismo de la vida espiritual de nuestro Doctor. Adhesión al maniqueísmo, conversión al

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

cristianismo, llamada al sacerdocio, ministerio pastoral, actividad como Obispo, ideales religiosos: todo gira alrededor de la Sagrada Escritura. Los momentos decisivos en la vida de San Agustín corresponden a otros tantos encuentros con la Palabra de Dios escrita” (Basevi, Claudio, San Agustín. La interpretación del N.T., Pamplona 1977,p.35).

Sabemos que Agustín en un momento determinado de su vida ansía meditar la ley de Dios, aunque es un deseo que le viene de antiguo: “Desde antiguo ardo en deseos de meditar tu ley” (Confesiones 11,2,2), ya que “tus Escrituras son mis castas delicias... Dame espacio para meditar en los entresijos de tu ley y no quieras cerrarla contra los que pulsan, pues no en vano quisiste que se escribiesen los oscuros secretos de tantas páginas. ¿O es que estos bosques no tienen sus ciervos, que en ellos se alberguen, y recojan, y paseen, y descansen, y rumien? ¡Oh Señor!, perfeccióname y revélamelos. Ved que tu voz es mi gozo; tu voz sobre toda afluencia de deleites” (Confesiones 11,2,3). Es un texto preciosa que se presta a un sin fin de reflexiones profundas; parece que compara los textos oscuros de la Escritura con bosques habitados por ciervos, que sólo los buenos cazadores, los que tienen experiencia podrán cazarlos... Agustín reconoce que anteriormente no se había aplicado asiduamente al estudio de la Escritura y, por eso, tal vez, se desvió y no distaba de Dios: “Porque si yo hubiera sido instruido en tus sagradas letras y en su trato familiar te hubiera hallado dulce para conmigo” (Confesiones 7,20,26).

Comenzó a sentir la necesidad de creer en las Sagradas Letras, sobre todo en el contacto con Ambrosio: “Por lo cual, reconociéndonos enfermos para hallar la verdad por la razón pura y comprendiendo que por esto nos es necesaria la autoridad de las sagradas letras, comencé a entender que de ningún modo habrías dado tan soberana autoridad a aquellas Escrituras en todo el mundo, si no quisieras que por ellas te creyésemos y buscásemos” (Confesiones 6,5,8). Pero Agustín no se conformó con creer lo que le decían, sino que se acercó a la Biblia con avidez: “Así, pues, cogí avidísimamente las venerables Escrituras de tu Espíritu, y con preferencia a todos, al apóstol Pablo... Todas estas cosas se me entraban por las entrañas por modos maravillosos cuando leía al menor de tus apóstoles y consideraba tus obras, y me sentía espantado, fuera de mí” (Confesiones 7,21,27). A partir de esta experiencia, la palabra de Dios estructura todo su ser y no tiene más remedio que toparse con Dios: “Tus palabras, Señor, se habían pegado a mis entrañas y por todas partes me veía cercado por tí” (Confesiones 8,1,1).

Después de todo el proceso vital, Agustín tiene que preguntarse en concreto por el texto de la Biblia, porque quiere llegar a la verdad y descubre que es necesario interpretar el texto. No olvidemos, y esto es muy importante, que Agustín se prepone al acercarse a la Escritura, no sólo entender lo que dice, sino también poder explicarlo, comunicarlo a los demás: “Dos son los fundamentos en que se basa toda la exposición de las divinas Escrituras: en el modo de encontrar las cosas que deben ser entendidas, y en el modo de explicar las que se han entendido” (Sobre la doctrina cristiana 1,1,1). Por eso Agustín no puede por menos de preguntarse: ¿Cuál es la verdad de la Escritura? ¿Qué es lo que hago cuando interpreto un texto de la Biblia? ¿Cuál es la verdad de los pasajes oscuros?

Agustín al darse cuenta que se dan distintas interpretaciones de los textos bíblicos, comprende que es necesario descubrir cuál es la verdad de toda interpretación. Por otra parte, se debe investigar para asegurarse que un texto se interpreta de forma auténtica. Agustín se pregunta la relación que existe entre el autor humano de los libros sagrados, Dios y el lector respecto al libro y plantea el problema hermenéutico en términos de comprensión de la intención del autor. Así en su Sobre la doctrina cristiana, donde da las normas de la interpretación de la Escritura y de su explicación, dice claramente que “todo el que entiende en las Escrituras otra cosa distinta a la que entendió el escritor, se engaña, sin mentir ellas. Mas, como dije al principio, si se engaña en su parecer, pero no obstante en aquella sentencia edifica la caridad, la cual es el fin del mandato, se engaña como el caminante que abandonó por equivocación el camino y marcha a campo traviesa viniendo a parar donde también le conducía el camino. Sin embargo, se le debe corregir y demostrar cuán útil es no abandonar el camino,

LA ESCRITURA EN AGUSTÍN

no sea que por la costumbre de desviarse se vea obligado a seguir otro rumbo alejado u opuesto a la verdad” (Sobre la doctrina cristiana 1,36,41). Agustín parece obsesionado por encontrar la intención del autor en cada texto. Son las dificultades para llegar a conocer la intención del autor lo que lleva a Agustín a presentar un método exegético: “Los que leen no apetecen encontrar en ella más que el pensamiento y voluntad de los que la escribieron, y de este modo llegar a conocer la voluntad de Dios según la cual creemos que hablaron aquellos hombres” (Sobre la doctrina cristiana 2,5,6)

Para determinar la intención del autor, Agustín da diversas normas. Estas normas son, algunas, de índole material como la corrección textual, la rectificación de las traducciones; la individuación correcta de las palabras, la agrupación de frases; otras con propedéuticas a la comprensión, como el conocimiento de las ciencias profanas; otras tienen que ver con la apropiación del texto por la lectura frecuente hasta la memorización, el conocimiento de las lenguas bíblicas y el significado de las palabras. Todas estas exigencias son lógicas y hoy también se afirman. Agustín pone otro requisito más, que para él es capital, exige que el lector lleve una vida de piedad, se purifique de toda soberbia, arraigue en la caridad y tienda a la sabiduría (Sobre la doctrina cristiana 2,9-11; 41,62).

Por otra parte, se da cuenta que hay en la Escritura una serie de paisajes oscuros y de muy difícil interpretación, es decir, para Agustín en la Escritura encontramos paisajes claros y oscuros, los claros tienen por fin la instrucción fácil y adecuada; los oscuros tienen por objeto, piensa él, presentar un desafío a la inteligencia del lector: “El Espíritu Santo magnífica y saludablemente ordenó de tal modo las santas Escrituras, que por los lugares claros satisfizo nuestra hambre, y por los oscuros nos desvaneció el fastidio. En verdad, casi nada sale a la luz de aquellos paisajes oscuros que no se halle ya dicho clarísimamente en otro lugar” (Sobre la doctrina cristiana 2,6,8).